

MEXICO EN EL SIGLO XIX.

CAPITULO XIX.

GOBIERNO COLONIAL.

SUMARIO.

1. EL 15 DE SETIEMBRE DE 1810.—EL SR. HIDALGO, ALLENDE, ALDAMA, ABASOLO, DON MARIANO HIDALGO, EL P. BAYEZA.—2. CONFERENCIA.—3. REUNION.—4. RESOLUCION DEL SR. HIDALGO.—5. ES ADOPTADA. SE REALIZA. FUERZAS. PRISION DE ESPAÑOLES.—6. DISCURSO DEL SR. HIDALGO AL PUEBLO.—7. SE PROCLAMA LA INDEPENDENCIA. OBSERVACIONES.

1. Por todos los datos que he insertado en el capítulo anterior, y que precedieron al movimiento de independencia, se infiere de una manera exacta que el Sr. Hidalgo tenía ya el 15 de Setiembre, completa seguridad de que la conjuración había sido descubierta, y que las autoridades militares de las provincias inmediatas de Guanajuato y Querétaro, procederían en el acto y de un modo enérgico á la aprehension de él y sus compañeros. Acontecimiento terrible, y que habría hecho abortar aquel grandioso plan, sino hubiera estado acaudillado por un hombre dotado de voluntad de hierro, de un valor y constancia á toda prueba. Nada era capaz de alterar aquel sem-

blante, siempre tranquilo, siempre sereno, íntimamente convencido de la santidad de la causa que patrocinaba, y destinado por la Providencia para ser su caudillo, no habia poder humano que le sirviese de obstáculo para impedir su resolucion.

2. Todo aquel dia estuvo en conferencia con Allende, el P. Bayeza, D. Mariano su hermano, y otras personas, pero desgraciadamente la historia no nos ha trasmitido con toda exactitud la relacion de lo que pasó en aquellos angustiados pero solemnes momentos. Despues del toque de Ave María, salió como de costumbre, á la casa del subdelegado Rincon á donde concurría las más noches, permaneciendo allí hasta las once, hora en que generalmente acostumbraba retirarse, cuando le avisaron que lo buscaban dos personas que deseaban hablarle y que lo esperaban en la puerta del zaguan. Bajó en el acto, conferenció con ellos brevemente, volvió, y á pocos momentos se despidió retirándose. De las dos personas que lo buscaron, evidentemente una de ellas era Allende, la otra debió ser Abasolo, aunque el Sr. Alaman niega que haya asistido al movimiento; pero otros autores lo afirman.

3. Algo se habia divulgado entre los vecinos de aquel pueblo la noticia de la conjuracion, y ya fuese éste el motivo, ó bien que el Sr. Hidalgo mandase citar para aquella hora á todos los comprometidos (que es lo probable,) lo cierto es que se encontraban en su casa veinte y una personas.

Las personas que concurrieron fueron las siguientes:

Ciudadano capitan Ignacio Allende.—Mariano Abasolo.—Juan Aldama.—Mariano Hidalgo, hermano del señor cura.—Pedro Garcia.—Roman Herrera.—Francisco Larre.—Marcos Echaiz.—Justo Echaiz.—Blas Montaña.—5 Músicos que vivian en la casa del señor cura, y eran José Santos Villa.—Antonio Ortiz (á) La Nigua.—Rafael Acosta.—Francisco Barreto, y—José María Morales.—2 Serenos, José Cecilio Ortega (á) el rayeño.—Vicente Lobo.—2 Herreros, Nicolás Licea.—Antonio Martinez.—4 Emisarios, Miguel Rivascacho.—Crescencio Rivascacho.—Antonio Ortiz.—José de la Luz Gutierrez.—Sacerdotes, Hermenegildo Montes, capellan.—Ignacio Ramirez.—Mariano Bayeza.—Paisanos y soldados que se levantaron á favor del señor cura: Pedro Leon.—José Antonio Martinez.—Felix Bárcenas.—Pedro Larra.—Anastasio Ruiz (á) el Trajo.—Francisco Rodriguez Camacho.—Juan Arellana.—Alejandro Marchena.—Ga-

briel Gutierrez.—Pablo Gutierrez.—José María Rodriguez (á) el Nicho.—Cayetano Torres.—Tiburcio Alvarez.—Cirilo Gutierrez.—Francisco Vazquez.—Ramon Balterra.—Miguel Avilez.—Nicolás Avilez.—Francisco Ayala.—José María Romero (á) Chemiscua.—Pedro Degollado.

Solemnes fueron los momentos cuando el Sr. Hidalgo se presentó en la sala; simultáneamente se levantaron todos y saludando respetuosamente á su párroco lo rodearon; veíase en el semblante de unos, retratado el espanto, en el de otros el despecho, y en los más el impaciente deseo de obrar activamente. El tiempo era urgentísimo, la situacion en que estaban colocados desesperada; unos cuantos momentos de duda, de vacilacion, habrian sido de fatales consecuencias para los caudillos y su causa. Todo acontecimiento humano por pequeño que sea, tiene marcado por el dedo de la Providencia su hora para realizarse; esa hora iba á sonar.

4. A todos tranquilizó el Sr. Hidalgo con solo su mirada, privilegio exclusivo de las almas superiores. Vueltos todos á sus asientos, él solo permaneció dando vueltas en la sala escuchando lo que decían los conjurados; cerca de media hora permaneció en esta especie de enajenacion mental, mas repentinamente se coloca en el centro de la sala, y dirigiendo su mirada á los concurrentes, con voz llena y sonora les dijo: *Caballeros, no hay mas que acometer la empresa.*

5. Sin atreverse ninguno de los asistentes á hacer observaciones á su caudillo sobre lo que habia resuelto, pusieronse todos en movimiento. El Sr. Hidalgo uniformó diez hombres que tenia armados en el interior de su casa, y acompañado de Allende y de los demas salió de ella á la media noche. Una parte de los conjurados, dirigiéndose á la cárcel pública, sorprendieron al alcaide y sacaron de allí á los presos con el objeto de aumentar sus fuerzas; otros, al mando de Allende, procedieron á asegurar á los españoles que consideraban con justo motivo, sobre esta materia, como sus enemigos capitales, y temian con fundamento que promovieran una contra-revolucion, quedando libres, dueños de la poblacion y en aptitud para obrar como mas conviniese á sus intereses.

6. Dados estos primeros pasos con buen éxito, el Sr. Hidalgo dispuso que se llamara á misa mas temprano de lo acostumbrado. El Padre sacristan D. Francisco Bustamante, que ignoraba lo que ha-

bia pasado, porque todo se hizo con la mayor reserva, se preparaba para ir á celebrarla, cuando se le presentó el P. Bayeza, intimándole se diere preso en nombre de la nacion, lo que hizo sin oponer resistencia. Como aquel dia era domingo, todos los labradores de las inmediaciones acostumbraban concurrir en los dias festivos muy de madrugada al pueblo con objeto de oír la primera misa que se decía; así es que poco despues de la primera llamada, se habia reunido un número considerable tanto de los que venian de las inmediaciones, como muchos de la misma poblacion que tambien asistian á ella. No fué ciertamente el objeto del Sr. Hidalgo al llamar á misa, el que concudiesen á ella, sino el de reunir á todos sus feligreses para dirigirles la palabra, imponerles del movimiento é invitarlos á proclamar la independencia. El Sr. Hidalgo conocia mejor que muchos de nuestros modernos políticos, que mas amigos y prosélitos se conquistan por efecto de la palabra, que por el de la metrala. Solo él, era poseedor de la nueva combinacion política que habia formado, porque á consecuencia de haberse descubierto la conjuracion que debia estallar en principios de Octubre, no habia tenido aun tiempo de imponer detenidamente á sus compañeros de su plan de operaciones; así es que habiendo reunido á los que concurrían al templo, dirigióles la palabra manifestándoles cual era el objeto de aquel movimiento en los términos siguientes: "Ya vdes. habrán visto este movimiento; pues sepan que no tiene mas objeto que quitar el mando á los europeos, porque estos como vdes. sabrán, se han entregado á los franceses, y quieren que corramos la misma suerte, lo cual no hemos de consentir jamás; y vdes. como buenos patriotas deben defender este pueblo hasta nuestra vuelta que no será muy dilatada, para organizar el gobierno. Los vecinos se retiraron sin dar respuesta alguna." Alaman, H. de M., tomo 1º página 376.

7. Aquella reunion compuesta de hombres sencillos y la mayor parte de labradores, electrizóse con la velocidad del rayo, al escuchar la sonora y robusta voz de aquel anciano, é impresionándose vivamente al ver á su párroco convertido en denodado campeón de su libertad, todos á una voz vitorearon á la independencia y á su caudillo, ofreciendo servir como soldados. Los repiques y cohetes, así como los vivas de los conjurados á la libertad y su gefe, pusieron en movimiento á los habitantes de aquella poblacion, ha-

ciéndolos abandonar sus casas, correr al templo y la plaza á fin de imponerse de lo que pasaba con su párroco. Una vez instruidos de lo ocurrido, parecíales increíble lo que habian escuchado de la boca del Sr. Hidalgo, creían soñar, ó que trasportados á su primera edad, sus ayas ó nodrizas les referian hechos ó sucesos cuya realización rayaba en lo imposible.

Observaciones. Antes de entrar en la narracion de los sucesos posteriores que tuvieron lugar despues del 16 de Setiembre, es de suma importancia meditar muy detenidamente este primer movimiento, las causas que lo festinaron, la influencia que él ejerció en el ánimo de todos y por último, juzgar los hechos históricos, tal como ellos lo exigen; tomando en consideracion la situacion en que se encontraba en esa época el país, los inmensos obstáculos con que sus caudillos tenían que luchar, y la terrible y poderosa guerra que hacia el partido realista á la idea de la independencia.

Tal era el efecto que en aquellos habitantes habia producido la servidumbre prolongada por tres centurias. Acostumbrados á una paz sepulcral, á una tranquilidad resignada, veían pasar el tiempo como ve venir el prisionero por entre los hierros que lo sujetan, la aurora del nuevo día.

Es tambien de absoluta necesidad imponer al lector de todos los cargos que hacen la mayor parte de los historiadores al Sr. Hidalgo como caudillo de la independencia, por los desórdenes que hubo, sin tomar en consideracion que estos siempre son inherentes á todo movimiento que tenga por objeto, echar por tierra una dominacion extranjera que tenia cerca de trescientos años de estar establecida. Mucha falta de crítica se nota en nuestros historiadores al entrar en la apreciacion de estos sucesos, resultando de aquí las ideas tan diametralmente opuestas con que unos y otros juzgan este primer movimiento; los enemigos de la independencia lo consideran como el acontecimiento mas bárbaro que pudo efectuarse, designándose como el origen de todos los males y trastornos que hasta hoy sufrimos; y sus partidarios, juzgan á sus enemigos de una manera parcial y exagerada. Hé aquí la opinion de un historiador de nombradía sobre este movimiento; hablando de que el Sr. Bustamante omite el referir muchos de los sucesos ocurridos en Querétaro, sigue diciendo: "A esta alteracion de la verdad de la historia se debe sin duda el que la república mexicana haya

escogido para su fiesta nacional, el aniversario de un dia que vió cometer tantos crímenes, y que date el principio de su existencia como nacion, de una revolucion que proclamando una superchería, empleó para su ejecucion unos medios que reprueban la religion, la moral fundada en ella, la buena fé, base de la sociedad, y las leyes que establecen las relaciones necesarias de los individuos en toda asociacion política. El congreso consagrando, con la solemnidad de la funcion del 16 de Setiembre la infraccion de estos principios, ha presentado á la nacion como modelo plausible, lo que no debe ser sino objeto de horror y de reprobacion, y ofreciendo como heroicidad el ejemplar de esta revolucion ha abierto la puerta y estimulado á que se sigan tantas y tantas de la misma naturaleza, que con ellas se ha llegado al punto de extinguir toda idea de honor, de probidad y obediencia, haciendo imposible la existencia de ningun gobierno, ni el ejercicio de ninguna autoridad.

“En el plan de la revolucion siguió Hidalgo las mismas ideas de los promovedores de la independenciam en las juntas de Iturrigaray. Proclamaba á Fernando VII, pretendia sostener sus derechos y defenderlos contra los intentos de los españoles, que trataban de entregar el país á los franceses dueños ya de España, los cuales destruirian la religion, profanarian las iglesias y extinguirian el culto católico. La religion, pues, hacia el papel principal, y como la imagen de Guadalupe es el objeto preferente del culto de los mexicanos, la inscripcion que se puso en las banderas de la revolucion fué: “Viva la religion,” “Viva Fernando VII,” “Viva la América y muera el mal gobierno;” pero el pueblo que se agolpaba á seguir esta bandera simplificaba la inscripcion y el efecto de ella, gritando solamente: “Viva la virgen de Guadalupe y mueran los gachupines.”

¡“Reunion monstruosa de la religion con el asesinato y el saqueo, grito de muerte y desolacion, que habiendo oido mil y mil veces en los primeros dias de mi juventud, despues de tantos años resuena todavía en mis oidos con un eco pavoroso!

“No es extraño que en un pueblo en que por desgracia, la religion estaba casi reducida á meras prácticas exteriores, en que muchos de sus ministros, particularmente en las poblaciones pequeñas, estaban entregados á la vida mas licenciosa: cuando el vicio dominante en la masa de la poblacion, es la propension al robo, hallase tan fácilmente partidarios una revolucion cuyo primer paso era poner

en libertad á los criminales, abandonar las propiedades de la parte mas rica de la poblacion á un ilimitado saqueo, sublevar á la plebe contra todo lo que hasta entónces habia temido ó respetado, y dar rienda suelta á todos los vicios, prodigando como luego se hizo, los grados militares, y abriendo un campo vastísimo á la ambicion de los empleos. Así es que en todos los pueblos hallaba el cura Hidalgo una predisposicion tan favorable, que no necesitaba mas que presentarse para arrastrar tras de sí todas las masas; pero las medidas que empleó para ganar esta popularidad, destruyeron en sus cimientos el edificio social, sofocaron todo principio de moral y de justicia, y han sido el origen de todos los males que la nacion lamenta, que todos dimanen de aquella envenenada fuente.”

Sensible es que un historiador de mérito y mexicano como es el Sr. Alaman, se exprese de esta manera del origen de nuestra independenciam, describiéndola y caracterizándola de un modo que causa horror é indignacion, y que parece aun indicar, que reniega de ella. Notable es en verdad que este historiador confunda de una manera lastimosa unas cosas con otras. ¿Qué tiene que ver ese sentimiento puro y santo que movió al Sr. Hidalgo á proclamar la independenciam, con los desórdenes ó excesos que pudiese cometer una soldadesca ebria por el triunfo, ó despechada por la derrota? Y si debiéramos juzgar de la verdad y justicia de los principios, por la moralidad de los que los proclaman, entónces desgraciada de la humanidad por que no abrigaria ningunas creencias. Error no solamente grave, sino muy torpe, es el de decir que el Congreso consagró con la solemnidad de la funcion del 16 de Setiembre la infraccion de estos principios! Un verdadero insulto es el buen sentido, no solo del Congreso sino de la nacion entera, el asentar estas ideas: jamás el Congreso de la Union consagró esta solemnidad para recuerdo de los excesos cometidos; la consagró al recuerdo del principio mas bello, mas puro y mas santo, el de la libertad, el de la independenciam; verdaderamente causa indignacion refutar tales asertos, encontrándose en igual posicion las ideas que sigue emitiendo de que ese movimiento fué el que abrió la puerta á tantas otras revoluciones, que con ellas se ha llegado al punto de extinguir toda idea de honor, de probidad, y de obediencia, haciendo imposible la existencia de ningun gobierno, ni el ejercicio de ninguna autoridad: son tan exageradas é inexactas estas ideas, que es inútil refutarlas; siendo aun mas injusto, irracio-

nal y antipatriótico el atribuir todos los males y desgracias por que ha pasado la República al modo con que se inició nuestra independencia, ó como dice el historiador: "*que todos dimanan de aquella envenenada fuente.*"

No es esta la crítica que la historia exige se hagan de los sucesos que se refieren; el que escribe con una prevención sistemática, de hecho pensado, sobre cualquier punto histórico y trata de presentarlo segun conviene á sus intereses, está muy léjos de cumplir con la alta mision de historiador; jamás los desahogos de partido podrán servir á la humanidad para ilustrarla y conducirla á la felicidad. Multitud de cargos hacen pesar sobre el Sr. Hidalgo los historiadores que anatematizan su memoria; cargos que por el carácter que les dan son injustos é inadmisibles. ¿Por qué atribuir directa y personalmente á este caudillo todos los desórdenes que cometió el pueblo al levantarse en masa contra sus dominadores, cuando despedido por una prolongada y dura esclavitud se alza como un coloso para romper sus cadenas y aplastar á sus opresores? Raya en lo imposible el pretender evitar que se cometiesen excesos. Guerras que no han tenido por objeto conquistar la libertad de un pueblo, han sido en otras naciones mucho mas sangrientas é indignas por sus desórdenes. No se ha presentado hasta hoy este período de nuestra historia juzgada por los historiadores con la imparcialidad y justicia debidas. Hay tambien que advertir que los escritores que se ocupan en referir esta época, todos fueron sus contemporáneos y muchos figuraron en ella como actores; en consecuencia, participaron de las simpatías y ódios que existian entre los combatientes y escribían preocupados con el influjo que ejercían en su mismo ánimo aquellos sucesos. La historia, para que pueda juzgar con imparcialidad cualquier acontecimiento, necesita dejar transcurrir algun tiempo, dejar que los ódios y rencores se calmen, que las consecuencias que produjo aquel suceso sean conocidas, y que el que escribe no esté afectado por el espíritu de partido al hacer referencia de ellos. Ninguna de estas circunstancias concurren en los historiadores de que me ocupo, la mayor parte fueron testigos de este gran movimiento, muchos tomaron parte en él, y todos escriben con parcialidad en defensa de su causa. No debe, pues, hacerse mucho aprecio de los juicios que emiten sobre este particular, porque son mas bien desahogos de partidarios. Un escri-

tor opuesto enteramente en ideas al que he citado, hablando del movimiento del Sr. Hidalgo, se expresa de una manera demasiado fuerte contra este caudillo, solo porque era eclesiástico, atribuyéndole ideas que solo en la cabeza del mismo que las inventó pueden tener cabida. El asienta con toda formalidad que al realizar el Sr. Hidalgo su plan, tenia solo por objeto fundar una teocracia. Peregrina idea y que á ningun otro de los demás historiadores se le ha ocurrido ni aun siquiera indicarla. Hé aquí cómo se expresa hablando del Sr. Hidalgo: "Pero es evidente que este célebre corifeo no hizo otra cosa que poner una bandera con la imagen de Guadalupe, y correr de ciudad en ciudad con sus gentes, sin haber indicado siquiera qué forma de gobierno queria establecer. Yo creo que ni él ni los que lo acompañaban, tenían idea exacta sobre alguna forma de gobierno, y que tal vez la teocracia era la que les pareceria mas regular y mas conveniente, etc." D. Lorenzo Zavala, en su obra "Revoluciones de México," tomo I, página 65.

Táctica bien comun y demasiado ruin es la de algunos escritores que no simpatizando con las ideas nuevamente proclamadas, ni con su jefe, tratan de manchar la memoria de quien las proclamó y las sostuvo, con toda clase de crímenes, presentándolo como director y perpetrador de ellos. Táctica verdaderamente maquiavélica, y que si se dejara pasar desapercibida, desaparecerían de la historia los hechos mas heroicos, los hombres mas útiles, quedándonos en ella solo consignados para nuestro ejemplo los crímenes, los vicios y aberraciones de la humanidad.

En el plan del Sr. Hidalgo entraba no solo impresionar y mover al pueblo con las seductoras palabras de independencia y libertad; sino que consideraba como muy necesario invocar tambien la religion para darle mas prestigio y valor á su empresa. Como profundo político, sabia muy bien que las guerras que tienen por objeto la religion, son las que mas pronto incendian é inflaman los ánimos, y en las que se ven multitud de hechos heroicos y verdaderamente extraordinarios. Además, tenia la conciencia de que el gobierno vireinal esgrimiria contra él y sus compañeros esta poderosa arma, con el objeto de desprestigiar su causa y hacer que los tímidos se negaran á cooperar: preciso, pues, era hacer figurar en primer término el principio religioso, para desvirtuar en cuanto se

podiera, los anatemas y censuras, que tenia por cierto que los pre-lados enemigos de la independenciam lanzarian contra él y su partido.

No es cierto que el Sr. Hidalgo, al ponerse al frente de aquel movimiento, obrase sin ningun plan, ni tuviera de antemano alguna combinacion preparada para ir estableciendo un nuevo órden de cosas, á proporcion que el antiguo y colonial fuese desapareciendo. No es creible que á un hombre á quien sus mas encarnizados enemigos le conceden buena inteligencia y astucia en el obrar, procediera de una manera vaga é incierta y sin un determinado fin en sus operaciones. Miras muy avanzadas tenia el Sr. Hidalgo en política; su intento era establecer el sistema republicano: en su manifiesto ó contestacion á la Inquisicion lo indica de un modo claro: allí habla de convocar un congreso nacional; de que la nacion debia constituirse por medio de sus representantes; pero era materialmente imposible en medio de las batallas, el poder desarrollar sus ideas é ir estableciendo el gobierno, cuando esto demandaba tiempo y tranquilidad. La guerra en aquellos momentos, como era natural, absorbía la atencion de sus jefes, y les era tan interesante ganar tiempo é invadir cuantas poblaciones les fuera posible, para desconcertar al enemigo en sus proyectos y quitarle esos puntos de apoyo, que ni aun á la regularidad y disciplina de sus fuerzas podian debidamente atender.

Era realmente imposible, inevitable, impedir que aquella gran masa de hombres, sin disciplina, sin organizacion, sin jefes, cometieran desórdenes. En ejércitos perfectamente regularizados hemos visto cometer relativamente mayores desafueros. Oportunamente iré presentando al lector documentos que prueban hasta la evidencia que aquellos caudillos no solo no aprobaban estos excesos, sino que los condenaban severamente, imponiendo á los que los cometian durísimos castigos, y librando órdenes y circulares en este sentido á las autoridades que los reconocian, para que evitasen á todo trance cualquier abuso que cometiesen los independientes.

No deben, pues, considerarse estos males, (que por cierto son bien sensibles) como autorizados y dirigidos por sus caudillos; sino como una consecuencia necesaria de la guerra, y de una guerra sin cuartel, en la que muchas veces se batió el hijo contra el padre, el hermano contra su hermano; efecto natural de estas guerras, cuando tienen por objeto combatir de un modo absoluto y radical el mo-

do de ser social y político de una nacion. En aquella lucha, iban á ser destruidos ó heridos de muerte, intereses de suma importancia para el partido realista; imposible era una transaccion; unos ú otros deberian quedar dueños del campo: el único pensamiento y solo deseo de los contendientes era el de destruirse. Una parte de los escritores que se han ocupado de la historia de nuestro país, asientan como una verdad matemática, que la proclamacion de la independencia hecha por el Sr. Hidalgo era extemporánea é inoportuna, y que su resultado fué *contraproducente* porque retardó mucho mas el tiempo en que debió tener su verificativo. Ignoro los fundamentos que hayan tenido los escritores citados para expresarse de este modo, porque no emiten en apoyo de sus aserciones ningunas pruebas.

Yo abrigo (en mi humilde juicio) una idea enteramente distinta sobre este acontecimiento. Creo que el movimiento acaudillado por el Sr. Hidalgo fué oportuno, hecho á su debido tiempo, y que nos economizó cuanto fué posible mayor número de años de servidumbre, y por consiguiente de sufrimientos. La penosa situacion en que se encontró en aquella época la nacion española, envuelta en una desastrosa guerra con la Francia, agotados todos sus recursos, sin poder atender debidamente, no ya á sus posesiones de Occidente, pero ni á las provincias mas cercanas á su metrópoli, ni aun siquiera preveer cuál seria el resultado final de aquella invasion, ni en qué términos podria concluir, eran, todos, motivos sumamente favorables para iniciar y llevar á buen término la empresa acometida por el Sr. Hidalgo.

La verdadera habilidad del hombre de Estado, del buen político, consiste en aprovechar las circunstancias y obrar en el momento dado, poniendo en ejecucion sus vastos proyectos. La guerra que desgraciadamente tuvimos que sostener con España, hubiera sido mucho mas cruenta y se habria prolongado más, si se hubiese aplazado para otra oportunidad el iniciar la independenciam, porque no obstante la impotencia en que se encontraba la península en aquella fecha á consecuencia de la guerra, pudo sostener vigorosamente en la Nueva-España una encarnizada lucha por espacio de once años: ¿qué habria sucedido si rehecha ya de sus pérdidas, vencido á su enemigo, consolidado su gobierno y restablecida la paz, se hubiese consagrado á impedir por cuantos medios estuviesen á su alcance la separa-

cion de la joya mas preciosa de su corona, la Nueva España? Tal vez hoy estaríamos lamentando y sufriendo lo que tuvieron que lamentar y sufrir nuestros antepasados hace sesenta años.

Fué de absoluta necesidad que tal carácter tomara esta guerra, porque de otra manera no se habria obtenido el mantener vivo el fuego de la independencia, ni se hubiera prolongado por mas de once años esa lucha que terminó gloriosamente con garantizar nuestra libertad, conquistando un nombre para México en el gran cuadro de las naciones libres.

CAPITULO XX.

Gobierno Colonial.

(CONTINUACION.)

SUMARIO.

1. ORDEN DE MARCHA.—2. SALE EL SR. HIDALGO DE DOLORES.—3. TOTAL DE FUERZAS, DISTRIBUCION Y SUELDOS.—4. LOS PRISIONEROS.—5. EL PUEBLO DE SAN FELIPE. ENTRA EL SR. HIDALGO EN SAN MIGUEL EL GRANDE. INFLUENCIA DE ALLENDE EN ESTA POBLACION. EL REGIMIENTO DE LA REINA. SE UNE AL SR. HIDALGO.—6. VISITA EL SR. HIDALGO LA PARROQUIA. LA VIRGEN DE GUADALUPE.—7. ESTANDARTE DE LOS INDEPENDIENTES. ENTUSIASMO GENERAL. PROVIDENCIAS DEL SR. HIDALGO.—8. LOS ESPAÑOLES.—9. SALIDA DE SAN MIGUEL.—10. CAMPAMENTO EN CELAYA.—11. INTIMACION.—12. ENTRADA Á CELAYA.—13. OBSERVACIONES.

1. El extraordinario éxito que en los habitantes de Dolores produjo la proclamacion de la independencia, y el entusiasmo con que era acogida por todos, obligándose á sostenerla y ofreciendo cada uno los recursos con que podia contar, prueban que aquel movimiento era ardientemente deseado por todos, y que solo les faltaba un jefe que levantara la voz para unirse á él. Obtenido una vez este resultado, trató el Sr. Hidalgo de regularizar en cuanto le fuese posible aquel movimiento, para poder marchar inmediatamente y dar impulso á la revolucion, dando órdenes de marcha. Cosa de ochenta hombres que se le habian unido en aquellos momentos, los armó con las lanzas que habia él mandado construir, con las espadas que como hombres de campo ellos mismos traian, y con las que le facilitó el sargento Martinez, del regimiento de la Reina, lo mismo que algunos soldados que pudo reunir.